

Rocío Cantó Delgado

J. Villoro (2024). *No soy un robot. La lectura y la sociedad digital*.
Barcelona. Anagrama. 320 páginas.
ISBN: 978-84-339-2429-2



En los últimos años, la cultura digital ha alterado el paradigma de la lectura, y por ello, es necesario profundizar en las nuevas maneras de leer. Esto es lo que hace Juan Villoro en su libro *No soy un robot. La lectura y la sociedad digital* (2024), un ensayo donde reflexiona sobre el impacto de las tecnologías en la sociedad, y sobre todo, en la lectura. Para ello, divide el libro en dos partes. La primera, se compone de 32 ensayos que van construyendo la idea de que la convivencia con las tecnologías está haciendo que la realidad se vaya disolviendo. Y en la segunda, se encuentran 20 ensayos con los que se hace un recorrido desde el momento en el que empezó el libro impreso hasta los diferentes modos de lectura digital.

En la introducción se comienza presentando el concepto de “enajenación” para hacer referencia a la desvalorización del ser humano a causa de algo externo hasta el punto que se siente ajeno de sí mismo. Actualmente, esto está ocurriendo puesto que el mundo virtual posibilita una evasión casi completa del mundo real. Este sentimiento también aumentó con la pandemia y, cuando finalizó, se dijo que se volvió a la realidad. ¿De verdad fue así? Porque, aunque ya no haya confinamiento, las tecnologías siguen determinando la vida de las personas.

La primera parte se inicia con la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto son fiables las máquinas? Las personas no se cansan de elogiar su fiabilidad y utilidad, pero, ¿cómo actuarían ante un caso extremo? En 1983 el coronel Ptrov tuvo que decidir, en pocos minutos, si fiarse de la alerta emitida por un satélite que detectó un posible misil o de las imágenes a tiempo real de la estratosfera, que no mostraban nada. Al final, decidió ignorar al satélite. Ese día no solo demostró que no siempre se puede creer en la fiabilidad de los ordenadores, sino que salvó a una sociedad que cada día confía más en ellos.

En el ensayo “Aquí estoy”, se reflexiona sobre la necesidad de ser visible en las redes sociales. Ahora, parece que muchas personas viajan solo para hacerse fotografías y demostrar que han estado ahí. Esto es un claro ejemplo de que el objetivo de la alfabetización ha pasado de centrarse en enseñar a leer y escribir a aprender a grabar y fotografiar. Pero, ¿son estas fotografías reales? En la obra se comenta que estas cada vez se alejan más de la realidad, ya que, las modificaciones realizadas con Photoshop hacen que la copia parezca una versión “mejorada” del modelo, lo que tiene consecuencias negativas en la salud mental. Entonces, en una realidad donde todo es alterable, debe quedar algo auténtico, y esto es la literatura.

Seguidamente, en los ensayos “Inconveniente de tener cara” y “¿Quién te mira?” se aborda el asunto de la privacidad de los datos. Al día de hoy todo el mundo es vigilado continuamente, incluso sin ser personas famosas. Pero, ¿por qué son tan valiosos estos datos? ¿Y por qué figuras como Zuckerberg o Musk aceptan gastarse millones de

dólares para acceder a ellos? Pues, porque les interesa controlar a las personas y porque de esta manera es más fácil suplantar sus identidades.

En 2016 se hizo un experimento con Tay, una inteligencia artificial que en cuestión de horas tuvo que desactivarse porque, tras interactuar con usuarios de Twitter, se volvió fascista, misógina y xenófoba. Este caso demuestra que para solucionar este tipo de situaciones basta con restaurar la máquina, mientras que, para modificar los comportamientos y actitudes humanas, es necesaria una educación.

Recuperando la temática de la privacidad, en ensayos como “La intimidad célebre” se comenta el uso de los *reality shows* como forma de entretenimiento. La parte atractiva de un *reality* es el hecho de poder conocer las intimidades más personales de los participantes. Y lo cierto es que la literatura también permite profundizar en la vida privada del personaje, pero desde otra perspectiva. En los *realities*, las personas se muestran vulnerables para llamar la atención del público, mientras que en los libros se busca que el lector se identifique con los sentimientos y deseos de los personajes.

La primera parte concluye con un último inconveniente de la sociedad digital: su gran impacto en el medio ambiente. La nube consume un alto porcentaje de electricidad y produce una gran cantidad de CO₂. Esto ocurre porque las personas recopilan datos en lugar de borrar aquellos innecesarios. Y la realidad es que, mientras se siga priorizando la comodidad sobre la sostenibilidad, las consecuencias climáticas solo se tendrán en cuenta el día en el que las tecnologías dejen de funcionar, aunque ya será demasiado tarde.

La segunda parte comienza con la idea de que en la literatura el uso del tiempo y del espacio es fundamental para poder profundizar en el texto. Para comprender el origen de esta reflexión, se acude a los siglos XII y XIII, que es cuando aparece la página. Hasta ese momento, las lecturas eran densas y se hacían en voz alta. Pero cuando se empezó a distribuir el texto en diferentes hojas, el paradigma de la lectura cambió radicalmente.

A continuación, se abre un debate sobre el uso del *e-book*, puesto que se considera que es un objeto frío que no lleva detrás el mismo sentimiento que un libro. Además, invade la privacidad porque permite que la red haga un seguimiento de las descargas y que se conozca la manera en la que se ha utilizado el texto. Este nuevo formato de lectura también hace ver que los lectores digitales pueden estar horas frente a la pantalla, pero que solo dedican un tiempo limitado a cada texto. Es más, con las *cookies*, la red es capaz de establecer un algoritmo de lecturas que pueden satisfacer las necesidades. Pero, lo que puede parecer una ventaja, hace que no se consulten otras obras que pueden resultar de interés, como sí ocurre buscando en las bibliotecas.

La velocidad con la que se lee digitalmente tiene una estrecha conexión con la lectura fragmentada. Tradicionalmente la lectura se caracterizaba por ser continua y por abordar un mismo tema a lo largo del libro. Ahora, con la lectura digital se puede pasar de un texto a otro en cuestión de segundos. No obstante, se debe tener claro que es la lectura literaria la que potencia la lectura digital, puesto que la red no enseña al lector a ordenar la información presente en el gran océano digital, sino que, es la lectura literaria la que proporciona las estrategias necesarias para comprender, distribuir y descartar los diferentes textos.

Después, se reflexiona sobre las nuevas maneras de escribir. En el proceso de escritura la creación de la máquina de escribir y posteriormente, del teclado QWERTY, supusieron una gran transformación. Gracias a las tecnologías actuales es más fácil corregir. Sin embargo, esto tiene consecuencias para la figura de los correctores, puesto que, el autocorrector puede ejercer su labor en cuestión de segundos. Esta evolución también ha hecho que las máquinas mejoren su dominio del lenguaje. Y esto puede llegar a ser peligroso porque la escritura podría terminar siendo artificial y perfecta, cuando lo que caracteriza a la escritura humana es su imperfección.

Poco a poco, parece que se está aproximando la desaparición del libro. Y es contradictorio porque, aunque se publican más obras que nunca, su permanencia en las librerías es cada vez menor. Esto es preocupante, porque no se puede caer en esa fugacidad inmediata que se

impulsa desde una red que reduce el valor del libro a una fecha de caducidad. Por lo que, la supervivencia del libro dependerá de que los lectores no lo dejen morir.

En el epílogo, se acude a la *Alegoría de la caverna* para ilustrar que el universo 2.0 es parcialmente la caverna actual. Se dice “parcialmente” porque las personas aún no están totalmente intrínsecas en ella, ya que, los viajes de ida y vuelta realizados entre el mundo real y el virtual son lo que les mantiene conscientes. Pero, es importante tener en cuenta que para que este sistema funcione hay que saber cuándo ir y cuándo volver. Y la única manera de establecer y mantener ese equilibrio es siendo responsable de las propias acciones.

La cultura digital está generando nuevas maneras de leer que no deben ser ignoradas si se trabaja como educador/a. El alumnado es un lector digital y debe ser consciente de los peligros de la red. Esto no quiere decir que se deba evitar leer digitalmente, sino que es esencial desarrollar las estrategias necesarias para navegar ética y adecuadamente y aprender a combinar ambos métodos de lectura sin olvidar que la literatura es la base para desarrollar la comprensión profunda. En definitiva, la lectura se está transformando y, aunque las personas aún leen de una manera que las diferencias de la inteligencia artificial, cada vez más, deben seguir demostrando que “no son un robot”.

Rocío Cantó Delgado
Universidad de Alicante